

## Los primeros veinticinco años

Miquel Siguan  
*Universidad de Barcelona*

Director y responsable del *Anuario de Psicología* desde su fundación se comprende que no pudiese eludir el compromiso de redactar una nota sobre su historia para este número conmemorativo de su veinticinco aniversario. Pero mis recuerdos sobre los avatares del *Anuario* están tan estrechamente unidos a mis recuerdos sobre la introducción y el desarrollo de la psicología en la Universidad de Barcelona y aun a los de mi historia personal que estas notas mezclan inevitablemente las tres perspectivas. Quizá con ello resulten más lebles. En todo caso me daré por muy satisfecho si sirven para satisfacer la curiosidad de algún lector joven y si avivan los recuerdos de los no ya tan jóvenes con los que he compartido esta aventura.

### Los comienzos: 1968-1971

Como más de una vez he tenido ocasión de recordar, en septiembre de 1968 el Ministerio de Educación autorizó a la Facultad de Filosofía de la Universidad de Barcelona a establecer la licenciatura en psicología entre las especializaciones que ofrecía. La autorización se añadía a la que unos meses antes se había concedido a la Universidad de Madrid en el mismo sentido.

Con ello iba a producirse un cambio completo en la situación de la psicología en el ámbito universitario donde continuaba limitada a ser una asignatura en la especialidad de Filosofía. Un cambio radical pero que se apoyaba en una larga historia. Antes de la guerra se había producido en España y, muy especialmente en Barcelona y en Madrid, una cierta difusión de la psicología experimental y sobre todo una gran difusión de la psicología aplicada e incluso una institucionalización de estas aplicaciones en los Institutos Psicotécnicos de Madrid y de Barcelona. Tanto en la recién aparecida *Historia de la Psicología Española* de Helio Carpintero como en la mía sobre *La Psicología en Cataluña* se puede encontrar bastante información sobre este periodo. Y aunque la guerra significó una interrupción traumática de este proceso pronto se inició una recuperación

centrada en el Departamento de Psicología Experimental del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Desde allí se impulsó la constitución de la Escuela de Psicología de la Universidad de Madrid y yo mismo, desde que me hice cargo de la cátedra de Psicología de la Universidad de Barcelona, impulsé la organización de una Escuela similar en Barcelona.

Desde la perspectiva actual resulta difícil hacerse cargo de la modestia de aquellos orígenes. Y de lo que supuso de audacia y de improvisación la decisión inicial. Dadas las circunstancias yo sabía que no se podía pedir la licenciatura para Barcelona mientras no se concediese a Madrid pero sabía también que en cuanto se concediese a Madrid bastaría pedirla para Barcelona para conseguirlo. Y a comienzos de 1968 sabía también que se había pedido para Madrid y que era inminente la concesión. Pero pasaron los meses y estaba ya bien entrado el mes de junio cuando nos enteramos de que la orden ya se había mandado al BOE y pudimos hacer también nosotros la petición. Pero la orden autorizando la licenciatura en Madrid no se publicó hasta bien entrado el mes de agosto de manera que ya no parecía posible pensar en que nosotros pudiésemos inaugurar la enseñanza con el nuevo curso. De hecho la orden autorizando la creación de la licenciatura en Psicología en la Universidad de Barcelona apareció a mediados de setiembre cuando ya la matrícula de los alumnos estaba muy avanzada. A pesar de lo cual el Decano, Vilà Valentí, y yo mismo decidimos abrir matrícula para la nueva licenciatura sin saber muy bien qué hacer con los que se inscribiesen y confiando en que serían pocos. Hay que recordar que por aquel tiempo los alumnos de Filosofía y Letras debían cursar dos años de estudios comunes antes de comenzar la especialidad que elegían. Pero la ilusión por la psicología era tan grande que a pesar de lo tardío de la convocatoria la oportunidad de estudiarla atrajo a muchos alumnos de los que ya habían cursado los comunes y hubo incluso algunos, que ya se habían matriculado en otra especialidad y cambiaron su matrícula por la de psicología. Cuando a finales de setiembre se cerró la matrícula Psicología tenía más alumnos en primer curso que ninguna otra especialidad. Pero tenía muy poco más.

El curso 1968-1969, el primero de la nueva especialidad, fue literalmente improvisado. En el edificio de la plaza de la Universidad no había ni un aula libre y hubo que refugiarse en el edificio del CSIC en la calle Egipcíacas. Y para la enseñanza acudir a los que ya enseñábamos psicología en la Escuela de Psicología, entre ellos Carles Ballús y Joaquim Torrens Ibern, a lo que más adelante volveré a referirme. El curso siguiente ya fue posible encontrar alojamiento en la Plaza Universidad pero aquel fue el curso en el que se implantó el un tiempo famoso Plan Maluquer que mantenía los dos años de estudios comunes pero establecía una amplia optatividad con gran satisfacción de los estudiantes, una optatividad que introducía ya en esta etapa varias asignaturas de psicología, y que nos permitía organizar la licenciatura relativamente a nuestro gusto. Así empezaron unos años de cambios rápidos y en los que el número de estudiantes de psicología creció vertiginosamente. Pero antes de proseguir con esta historia quiero recordar algo del contexto en el que ocurría.

El paso del tiempo y de las generaciones es tan rápido que venticinco años resulta ya un pasado lejano y difuminado. Visto desde la perspectiva actual y

de los conflictos que ha generado la liquidación de los regímenes comunistas, el cerca de medio siglo de guerra fría en la que el equilibrio del terror aseguraba la intangibilidad de las fronteras nos aparece como una época de relativa tranquilidad. Pero la verdad es que los finales de los sesenta, los años de los que estoy hablando, fueron unos años muy agitados con la guerra del Vietnam como telón de fondo y múltiples conflictos generales y locales. 1967 había sido el año de la revolución cultural china, de la guerra de los seis días, del asesinato del Che Guevara... Y el año 1968 nos deparó dos acontecimientos literalmente sensacionales: el mayo francés y la primavera de Praga.

La revuelta estudiantil gestada en los campus universitarios de California al calor de la contienda del Vietnam y de la aparición de los *hippies* se había trasladado a Europa y aunque sus manifestaciones más violentas tuvieron lugar un año antes en Alemania fue el mayo parisino el que representó su culminación. Una revuelta que parecía que iba a provocar un cambio completo en las estructuras de la sociedad occidental e incluso que podía constituir la avanzadilla de una revolución mundial.

Sólo algunos espíritus clarividentes, Raymond Aron entre ellos, se negaron a tomar en serio esta posibilidad pero nadie pudo dejar de tomar en serio el intento checoslovaco de instaurar un socialismo de faz humana, y menos todavía su aplastamiento por los tanques rusos que produjo una auténtica conmoción entre los intelectuales simpatizantes de la izquierda, o sea la gran mayoría, y no digamos entre los que militaban en el Partido Comunista. Por casualidad yo estaba aquellos días en Salzburg participando en una reunión sobre humanismo y recuerdo haber hablado con Marcuse y con Fromm, que tenían actitudes políticas muy diversas, pero los dos literalmente anonadados. Y más impresión me hizo todavía ver a Fischer, el responsable de la política cultural del PC austriaco, que no pudo tomar la palabra porque las lágrimas se lo impedían.

Y un año después, en julio de 1969, un astronauta ponía por primera vez el pie en la superficie lunar.

Estos grandes acontecimientos internacionales formaban parte de nuestro horizonte intelectual, pero en Barcelona teníamos una realidad más próxima. En España el régimen del General Franco seguía en teoría intacto pero el despegue que había producido la liberalización económica y el plan de desarrollo estaba cambiando la estructura social de España y los contactos con el exterior hacían el resto. El régimen franquista parecía cada vez más anacrónico. De manera que la oposición empezaba a manifestarse con fuerza en muchos lugares y en primer lugar en la Universidad. En 1966 se había fundado frente al SEU el Sindicato Democrático de Estudiantes y en Barcelona el encierro en el convento de los capuchinos de Sarrià, «la capuchinada», había tenido una gran resonancia.

En un intento de apaciguar los ánimos el Ministerio había cambiado al rector Valdecasas, representante de una línea dura, por un rector más tolerante, el profesor Albadalejo, pero un grupo de manifestantes había invadido el rectorado y había arrojado por la ventana la efigie del Caudillo por lo que el nuevo rector se vio obligado a dimitir y le sustituyó su vicerrector, el profesor Estapé.

Y a todo esto las huelgas, las sentadas y las manifestaciones se sucedían continuamente y día sí día no y otro también una sección de «grises» estaciona-

da en la Universidad hacia su «paseillo» por los claustros universitarios y más de una vez el paseillo acababa a porrazo limpio.

El primer problema y el más grave que planteaba el establecimiento de la licenciatura en psicología y el rápido crecimiento de su alumnado era conseguir el profesorado adecuado para una enseñanza hasta entonces inexistente. Es cierto que el funcionamiento de la Escuela de Psicología ya había obligado a organizar la enseñanza de diferentes asignaturas de contenido psicológico y a entrenar así profesores. Algunos, como yo mismo, ya participábamos en la docencia universitaria. Era el caso de Francisco Gomà que luego permaneció en la Sección de Filosofía y de Joaquim Aragó que enseñaba psicología infantil en la Sección de Pedagogía pero se quedó definitivamente en Psicología. Pero para otras enseñanzas hubo que buscar colaboración en otros ámbitos. Para la psicofisiología tuve la suerte de entrar en contacto con el grupo que animaba el recientemente fallecido Dr. Montserrat en la Facultad de Medicina y uno de sus colaboradores más próximos, Carles Ballús, se prestó a colaborar con nosotros. Más tiempo hizo falta para resolver la papeleta de la estadística aplicada pero también en este caso tuve la suerte de entrar en contacto con un grupo competente, el que animaba el profesor Torrens Ibern en la Escuela de Ingenieros. El Dr. Torrens había colaborado con el Instituto Psicotécnico antes de la guerra y era un especialista en análisis factorial, un tema sobre el que había publicado un manual en Francia. Él mismo se ofreció a dar las primeras clases en las que luego le sustituyeron sus colaboradores, Pere Batallé y Josep Maria Domènech. Otras incorporaciones fueron a título individual como la de Frederic Munné. Para la enseñanza de la psicología general recurrí a personas con experiencia docente, Montserrat Kirchner que enseñaba psicología en la Escuela de Asistantes Sociales o Cándido Genovart, catedrático de Instituto.

Y al mismo tiempo hubo que promover a jóvenes que terminaban por aquellos días su licenciatura, algunos de Filosofía y la mayoría de Pedagogía, que se incorporaban como ayudantes y muy pronto se encontraron dando clase. Jaume Arnau y Paco Muñoz se iniciaron así en la Psicología experimental. Melchor Mateu en la Psicología del trabajo, Montserrat Freixa en la Estadística aplicada...

Y hubo también incorporaciones de jóvenes de otras procedencias. Miquel Serra trabajaba en el Centro Fonoaudiológico con niños sordos, Antonio Caparrós se me acercó para hacer una tesis doctoral sobre Fromm. Genoveva Sastre y Montserrat Moreno, licenciadas en pedagogía llegaron de París donde habían pasado un tiempo y donde habían adquirido una orientación piagetiana. De París también llegó M<sup>a</sup> Rosa Soler. En cambio, había contado con la incorporación de Ana M<sup>a</sup> Pardo que trabajaba allí con Zazzo pero que no llegó a producirse. Tampoco se incorporó José Toro a quien había propuesto para el primer puesto estable que iba a crearse en el Departamento cuando recibió un ofrecimiento de la Universidad Autónoma para iniciar allí las enseñanzas de psicología.

Si el reclutar profesorado podía resultar angustioso por la desproporción entre el crecimiento rápido de las necesidades y la limitación de los recursos disponibles, el conseguir espacio suficiente no planteaba menos problemas. En una Facultad que apenas cabía en el Patio de Letras del edificio de la Plaza de la Universidad, el crecimiento del alumnado de psicología desbordaba las posibilida-

des de aulas. Pero además psicología reclamaba algo más, despachos, laboratorios, biblioteca... Una circunstancia afortunada permitió un primer respiro: la Facultad de Ciencias dejó libre en el Patio de Ciencias unos espacios que desde los comienzos de siglo ocupaba la cátedra de química, concretamente un despacho y dos laboratorios, y nuestra Facultad nos los atribuyó. Yo ocupé el despacho, uno de los laboratorios lo transformamos en laboratorio de psicofisiología y el otro en sala de prácticas de estadística.



*Edificio de la Universidad de Barcelona. Plaza de la Universidad.*

Montar un laboratorio de psicofisiología era, como ya he dicho, una novedad a la que se dedicó con entusiasmo Carles Ballús que reunió a su lado a un grupo de colaboradores igualmente entusiastas. Del espacio dedicado a prácticas de estadística que pusieron en marcha Batallé y Domènech sólo quiero recordar un hecho. Compramos varias máquinas de calcular como eran las de entonces con mecanismos estrictamente mecánicos —fundamentalmente ruedas dentadas— y movidas por electricidad o más generalmente a mano, dando vueltas a una manivela. Y para estar a la última adquirimos también una calculadora electrónica de las que empezaban a llegar al mercado. Se suponía que las mecánicas, simples y sólidas y que no tenían nunca averías, servirían para las prácticas de los alumnos y la electrónica para las investigaciones que pudiesen ponerse en marcha. Pero pronto el mercado se inundó de calculadoras electrónicas, muchas de ellas de bolsillo, y nuestras calculadoras mecánicas no llegaron ni a estrenarse.

Dado que los primeros aspirantes a psicólogos habían empezado los estudios en su tercer año de carrera al finalizar el curso 1970-1971 se convirtieron en

los primeros licenciados en psicología. O más exactamente se convirtieron en licenciados en el momento en que presentaron y aprobaron su tesina, pues en aquellos años para conseguir el título de licenciado en Ciencias o en Letras era necesario preparar y aprobar una tesina sobre un tema concreto y que representase una iniciación en la investigación. Con el paso del tiempo la exigencia de la tesina se relajó y finalmente desapareció. Y la verdad es que el realizar un trabajo con un cierto rigor científico era un buen complemento de la formación de un psicólogo y que si desapareció, en nuestra Facultad y en las restantes Facultades, es simplemente porque representaba una carga de trabajo suplementario para estudiantes y para profesores.

Con los primeros licenciados la Sección de psicología empezaba a tener vida propia. Y en noviembre de 1970 pude hacer realidad lo que llevaba tiempo pretendiendo, que la Universidad de Barcelona nombrase doctor *honoris causa* a Jean Piaget. Fue un acto solemne que congregó a mucho público y que equivalía a la presentación en sociedad de la nueva licenciatura. El doctorado *honoris causa* de Piaget pretendía algo más que honrar su figura y aspiraba a establecer una relación continuada entre nuestra Universidad y la Escuela de Ginebra. Como prueba de esta intención en los mismos días profesaron sendos cursillos Bärbel Inhelder e Irène Lézine. Lo que me lleva a referirme a algunos problemas de fondo.

Al poner en marcha la licenciatura en psicología era perfectamente consciente de que no podíamos confiar en nuestras propias fuerzas y que debía buscar conexiones con lugares donde pudiésemos aprender, cuya actividad nos sirviese de estímulo y con los que un día pudiésemos colaborar. Y a la hora de buscar conexiones Ginebra y París eran opciones evidentes porque en las dos Universidades había una actividad psicológica importante y porque las dos eran de lengua francesa. Hablo de hace 25 años cuando encontrar un universitario que hablase francés era relativamente fácil y casi imposible encontrar uno que hablase inglés. En 25 años las cosas han cambiado mucho.

De manera que estuve en París y establecí relaciones amistosas con Fraisse, con Oléron, con Zazzo, con Stoetzel... Y estuve en Ginebra donde reencontré a Piaget, a quien ya conocía, y me relacioné con la gente de su escuela: Inhelder, Sinclair, Bronckart... y donde tuve además la suerte de conocer a Ajuriaguerra.

Con el paso del tiempo estas relaciones se continuaron de muchas maneras. La mayoría de los que he citado visitaron Barcelona y pronunciaron conferencias en la Facultad. Y ya en 1972 dos recién licenciados, Mariana Miras y César Coll, emprendieron el camino de Ginebra para ampliar allí sus estudios.

Y con todo esto todavía no he dicho nada sobre el *Anuario*. El primer número apareció a finales de 1969, lo cual quiere decir que la decisión de iniciar una revista de psicología la tomé casi en el mismo momento en que se comenzó la licenciatura. Me parecía ridículo poner en marcha una enseñanza universitaria de Psicología que ya se preveía que iba a atraer a muchos alumnos y a ocupar a muchos profesores sin respaldar esta enseñanza con una investigación seria en las distintas áreas de la psicología. Una investigación de este tipo no existía en Barcelona y había que fomentar su aparición de manera que la publicación del *Anuario* constituía a la vez un acto de fe y de esperanza en que esta investigación

llegaría a existir y también una manera de obligar moralmente al profesorado a dedicarse a ella para poder dar contenido a las páginas de la revista.

Lanzar una nueva revista de psicología implica una cantidad de medios y de garantías que entonces no teníamos. La única posibilidad era dedicarle una parte de los escasos recursos que la Universidad concedía a la cátedra de Psicología, recursos que bien administrados podían justificar a lo más el papel y la impresión de un volumen al año. Ésta es la razón de que adoptase como nombre el de *Anuario* pues desconfiaba de que pudiese conseguirse una mayor periodicidad. No hace falta añadir que desde proyectar el contenido y convencer a los autores hasta enviar tarjetas invitando a suscribirse y repartirlo a ciertas librerías yo me hice cargo de todo con la ayuda de algunos estudiantes en funciones de secretarios. Lo que sí hice, y por aquel entonces era poco frecuente, fue solicitar a la oficina de diseño de J. Zimmerman que proyectase la maqueta y la portada de la nueva revista, portada que algo modificada ha perdurado hasta hoy.

En la presentación del primer número me refería así al propósito que había guiado su aparición: «La Universidad de Barcelona ha procurado responder a una demanda creciente, que sin exageración puede calificarse de explosiva, de enseñanzas de psicología estableciendo en 1966 y 1967 Escuelas Profesionales de Psicología para postgraduados y en 1968 la Licenciatura en Psicología en el seno de la Facultad de Psicología y Letras. Esta demanda creciente de enseñanzas psicológicas es el resultado natural de la demanda creciente de aplicaciones psicológicas por parte de la sociedad. Pero sería engañoso pretender satisfacer estas demandas sin sostener al mismo tiempo un esfuerzo investigador que oriente y dé sentido a la enseñanza y a las aplicaciones. Sin este esfuerzo la tarea de un Departamento Universitario de Psicología se haría absurda. El *Anuario de Psicología* nace como órgano de difusión de este esfuerzo y como lazo de unión de todos los que en el ámbito de influencia de nuestra Universidad se interesan por la Psicología».

Y respondiendo por anticipado a las ilusiones excesivas que una oferta de profesionalización de la psicología aplicada podía despertar, la introducción acaba diciendo: «No es seguro que la Psicología pueda responder plenamente a estas esperanzas. Es fácil constatar que la psicología no es hoy “una” ciencia sino que con el mismo nombre coexisten interpretaciones distintas de la conducta humana. Más todavía, es evidente que la psicología en cuanto ciencia sólo puede describir hechos y no dar normas de comportamiento. La psicología aplicada es, en definitiva, solidaria de una determinada concepción del hombre. Ayudar al hombre presupone una cierta idea no sólo de lo que es el hombre sino sobre todo de lo que puede llegar a ser. Pero una vez fijados así los límites de la psicología hay que añadir que la única psicología posible en nuestros días es una psicología científica, fiel a la metodología y a los supuestos de la ciencia empírica aunque abierta en sus resultados a una interpretación del hombre y puesta en sus aplicaciones al servicio de una existencia humana más digna. En esta línea nos movemos los que colaboramos en el Departamento de Psicología y en ella procuramos modesta pero tenazmente avanzar».

En el contenido del primer número predominan los temas psicofisiológicos tratados por personas que trabajaban en relación con el ya citado profesor

Montserrat. Una tónica parecida añadiendo algunos artículos de temática estadística caracteriza los dos números siguientes.

El número cuatro, dedicado al doctorado *honoris causa* al profesor Piaget tiene ya otro tono. Los autores de los artículos que componen el número, la mayoría de ellos profesores en la nueva licenciatura, han colaborado directa o indirectamente con Piaget y ya puede hablarse, por tanto, de un núcleo piagetiano en Barcelona o, para ser más exactos, de varios grupos.

### La etapa de «Empresariales»: 1971-1976

En 1971-1972 la especialidad de Psicología contaba ya con un millar de alumnos lo que desbordaba totalmente la capacidad de los locales de la Facultad en la Plaza de la Universidad por lo que tuvimos que trasladarnos a una parte del edificio de la Escuela de Estudios Empresariales en la Diagonal. En el nuevo edificio había aulas suficientes y un mínimo despacho donde Carmen Triadó, promovida a profesora ayudante, actuaba de secretaria honorífica de un todavía no creado Departamento de Psicología. En otro lugar minúsculo se instaló Antonia Sangenis con una primera multicopista combinando la tarea de producir multicopias con la secretaría del *Anuario*. Pero el laboratorio de psicofisiología y las prácticas de estadística así como mi despacho seguían en el edificio de la Plaza de la Universidad lo que exigía continuos desplazamientos, especialmente a mí que acababa de ser nombrado director del recién creado Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad que no tenía otro local que un recinto en el sótano del Patio de Ciencias.



Edificio de la Escuela Universitaria de Estudios Empresariales. Pedralbes.



En los años que pasamos en Empresariales no sólo los alumnos siguieron aumentando sino que los estudios de psicología sufrieron una transformación importante. En 1973 el Ministerio implantó en las Facultades de Letras el un tiempo famoso Plan Suárez que suprimía los dos años de estudios comunes y dividía las Facultades en grandes Secciones y para cada una de ellas establecía un tronco común de tres años que permitía recibir un diploma con la denominación de la sección y continuar luego con dos años de especialización. Era un plan harto racional y que pretendía responder además a la demanda producida por la reforma de la Enseñanza General Básica que requería un profesorado con una titulación intermedia entre el maestro de la primera parte de la EGB y el profesorado de secundaria. Pero la verdad es que la posibilidad de la diplomatura sólo provocó rechazo o indiferencia y acabó cayendo en el olvido.

En Barcelona el plan Suárez fue recibido con especial hostilidad porque a primera vista representaba una restricción de la amplia optatividad establecida por el Plan Maluquer, una hostilidad que se desvaneció rápidamente pues el nuevo plan ofrecía un abanico mayor de licenciaturas especializadas. Este avance hacia la especialización era todavía más claro en el caso de Psicología pues según el nuevo plan los alumnos desde el primer año tendrían un tronco común con asignaturas exclusivamente psicológicas. Se podía hablar ya de una carrera de psicología propiamente dicha, incluso excesivamente especializada para mi gusto que pensaba, y sigo pensando, que un poco de formación general, tanto de tipo científico como de tipo humanístico, no les iría mal a los futuros psicólogos.

En todo caso el hecho es que el Plan Suárez impulsó el desarrollo de los estudios de psicología ampliando el ámbito de las asignaturas ofrecidas e incluso, a través de la oferta de optativas, abría la puerta a una cierta especialización —clínica, escolar e industrial— en el interior de la carrera aunque manteniendo el título general y único de licenciado en psicología.

Para asimilar estos cambios y preparar el desarrollo futuro de los estudios de psicología habría hecho falta tiempo y tranquilidad para reflexionar. Que es lo que no teníamos.

Estábamos en los últimos años del régimen franquista y aunque la autoridad del régimen hacía aguas por todas partes, se mantenía incólume como el elefante que una vez muerto sigue de pie sólidamente apoyado en sus robustas patas. Pero el ambiente de protesta era general y muy especialmente en la Universidad donde además de protestar contra el régimen, cada estamento tenía sus propias reivindicaciones: el personal administrativo reclamaba por su retribución, las bibliotecarias por su calificación profesional, los profesores no numerarios por un contrato estable y por supuesto los alumnos protestaban contra la incapacidad de los profesores, contra las clases magistrales, contra las cátedras vitalicias, contra las calificaciones no consensuadas. Se multiplicaban las asambleas y como la policía seguía en la Universidad y una asamblea podía ser considerada una reunión ilegal, convenía asegurarse la presencia de un profesor, a ser posible un catedrático, que con su presencia convirtiese la asamblea en un acto académico.

Psicología no podía ser la excepción y pronto me encontré presidiendo una asamblea, rigurosamente asamblearia, que en teoría agrupaba a todos los estudiantes de la sección y en la que tuve que oír de todo pero de la que salí incólume

e incluso con un buen entrenamiento para sortear dificultades. La generación del SDE ya había pasado, pues las generaciones estudiantiles se suceden muy rápidamente, y eran nuevos líderes los que llevaban la voz cantante. Algunos de ellos hoy enseñan e investigan en distintas universidades españolas. Lo que me lleva a recordar que en aquellos años iniciales, cuando las universidades españolas en las que se podía cursar psicología se podían contar con los dedos de una mano y sobraban dedos, teníamos estudiantes de todos los puntos de la península, gallegos, vascos y sevillanos especialmente.

Y resulta sorprendente pensar que en unos tiempos tan agitados y con unos medios tan limitados pudiésemos hacer tantas cosas. Todavía residíamos en Empresariales cuando se consiguieron los primeros doctorados: López Feal, Torà, Caparrós... y se nombraron los primeros catedráticos agregados, lo que entonces implicaba unas oposiciones en Madrid, largas y a menudo dramáticas: Ballús (1973), Aragón (1974).

Una vez clausurada la Escuela de Psicología, que había perdido su razón de ser, establecimos unos primeros cursos de postgrado, en psicología infantil, que después de un tiempo tuvimos que abandonar por falta de una mínima infraestructura.

Y procuramos multiplicar los contactos exteriores. En 1974 celebramos en Barcelona un primer encuentro de catedráticos de Psicología en España, que eran entonces Yela, Pinillos, Secadas y bien pocos más. Y seguimos invitando a profesores extranjeros a visitarnos y a pronunciar conferencias: Oléron, Bresson, Tabouret-Keller..

En abril de 1973 se celebró en Barcelona el Congreso Nacional de la Sociedad Española de Psicología. Se discutieron cuatro ponencias principales: motivación, posturografía, neurología y psicolingüística. La de motivación estuvo a cargo de Mariano Yela, en la de posturografía tuvo una intervención destacada C. Ballús y en la de neurología J. Corominas. La de psicolingüista se dividió en dos, una a cargo de J.L. Pinillos mientras yo me responsabilizaba de la otra y en ella propuse una renovación del enfoque piagetiano del origen del lenguaje en el niño. En el mismo Congreso presenté una comunicación sobre psicología del bilingüismo y con las dos intervenciones dejé claro cuál iba a ser mi orientación posterior.

El año anterior, 1972, había estado en Bucarest para establecer contacto con Tatiana Slama-Cazacu. En 1973 participé en el Congreso de Psicología del niño en París y muy especialmente en la sesión de homenaje a Wallon. También en París participé en una reunión de la Sociedad de Psicología de Lengua Francesa y a propuesta mía se acordó celebrar una sesión, en 1975, en Barcelona dedicada a los orígenes del lenguaje en la infancia. Un desgraciado incidente —la ejecución de Puig Antich— arrastró la suspensión de la reunión pero de todos modos las ponencias preparadas para el Congreso se publicaron en un volumen que alcanzó una buena repercusión y que fue traducido al italiano y al castellano. Mi ponencia se titulaba «Del gesto al lenguaje».

Dado que en 1969 había sido nombrado, por el rector Estapé, director del Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad, ello me permitió introducir en la actividad del Instituto una presencia importante de la psicología. Desde

el primer momento colaboraron Pere Batallé que puso en marcha un Departamento de Estadística, Maria Forns un Departamento de Psicología pedagógica y Enrique Torà. Y una de las primeras actividades del Instituto fue poner en marcha una investigación-acción sobre las posibilidades y los resultados de la introducción del catalán en la enseñanza, investigación de la que pronto Joaquim Arnau tomó la dirección. Investigación que está en la base de los Seminarios de Sitges sobre «Lenguas y Educación» que se celebran anualmente desde entonces.

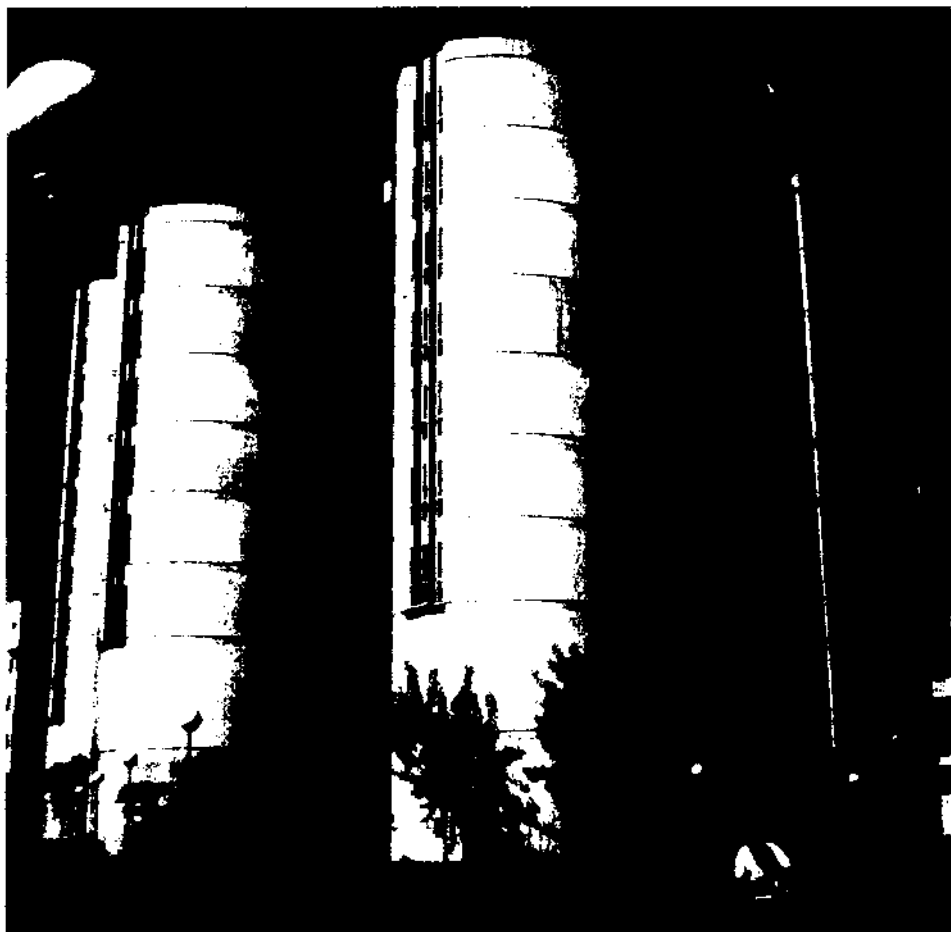
También por aquellos años pasé varias temporadas en América del sur como experto comisionado por la UNESCO. Santo Domingo (1973), Costa Rica (1974), Ecuador (1975). Y pronuncié conferencias sobre educación bilingüe en Estados Unidos, Chicago (1975) Nueva Orleans (1976).

Entre 1971 y 1976 el *Anuario de Psicología* publicó diez números, del 6 al 15, en los que la temática inicial se amplía y toma especial relieve la psicometría. Puede ser significativo en este sentido que a lo largo de varios números se publica un repertorio de los tests más usados en España.

En estos años el *Anuario* alcanza su madurez. El número 12, primero de los publicados en 1975, es un número coordinado por Jaume Arnau, y dedicado a presentar trabajos realizados en el Departamento de Psicología Experimental que él mismo dirige. A partir de entonces los temas de psicología experimental y de metodología científica aparecen regularmente en las páginas del *Anuario* como consecuencia lógica de la intensa actividad desplegada por el Departamento.

Y el número siguiente, el 13, aborda una temática amplia que ilustra bien sobre la intención integradora con que fue creado el *Anuario*. En este número Antonio Caparrós escribe sobre freudomarxismo, un tema que por aquellos días tenía mucha actualidad; Sabater se ocupa del comportamiento de los chimpancés lo que constituía una novedad absoluta entre nosotros; Jaume Arnau firma un artículo dedicado a la perspectiva cognitiva en el estudio de la motivación, lo que en aquel momento era también una rigurosa novedad. Mula presenta una prueba de comprensión verbal en catalán en un momento en que la presencia del catalán en la escuela no estaba todavía autorizada y Thomas, que había venido de Costa Rica para preparar su doctorado con nosotros, describe la situación de la psicología en su país. Notemos también el papel que a partir de esta etapa se concede a la información en el *Anuario*: noticia de las tesinas de licenciatura presentadas e información sobre los planes de estudio y el profesorado que imparte las distintas asignaturas...

En el número 6 (1972) se transcribe la propuesta presentada por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona de creación de una Facultad de Psicología y Pedagogía lo que significaba el proponer la división de la Facultad en dos, una con las licenciaturas tradicionales de Filosofía, Filología e Historia y otra con las de Psicología y Pedagogía. Una propuesta que el Ministerio no aceptó como tampoco aceptó la de crear una Facultad de Psicología independiente. En cambio, muy poco después, en 1973, la Facultad de Filosofía y Letras de Barcelona se dividió en tres Facultades, de las que una se denominó de Filosofía y Ciencias de la Educación y las otras dos, una de Filología y la otra de Geografía e Historia. Con ello la enseñanza de la Psicología se convertía formalmente en una sección de una Facultad.



*Edificio de las «Torres». Pedralbes.*

### **La etapa de las «Torres»: 1976-1982**

En 1976 se terminó e inauguró el edificio que se había construido en el Campus de Pedralbes para acoger a la Facultad de Filosofía pero al que a consecuencia de la división de la Facultad a la que acabo de referirme sólo se trasladaron la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación y la Facultad de Geografía e Historia mientras la de Filología se mantenía en el edificio de la Plaza de la Universidad. El nuevo edificio, un prodigio de no-funcionalidad, fue popularmente conocido por «las torres» porque efectivamente estaba compuesto por varias torres de planta circular y con un número variable de pisos. En principio se destinaba un piso a cada Departamento y como, oficialmente, Psicología to-

davía constituía un solo Departamento aunque en la práctica subdividido en cuatro, la primera intención fue de atribuirnos un solo piso. Después de muchas discusiones conseguí que se impusiese el sentido común, teníamos más alumnos que el resto de la Facultad, y se nos atribuyeron cuatro pisos, que distribuimos entre los cuatro subdepartamentos que informalmente constituimos: Psicología General en el primer piso, Psicología Experimental y Estadística en el segundo, Psicología Infantil y Educativa en el tercero, Psicofisiología y Clínica en el cuarto. En cada piso había, y sigue habiendo, una docena de despachos, un aula seminario y una pasillo ciego que podía dedicarse a diversos usos. Las aulas estaban en la planta baja. Nunca habíamos tenido tanto espacio y los resultados pronto se pudieron notar, los Departamentos empezaron a tener vida propia y la investigación empezó a tomar cuerpo. Y empezó a tomar cuerpo también una cierta estructura orgánica interior a la Sección. Por supuesto la Sección formaba parte de la Facultad y tenía sus representantes en el órgano de Gobierno de la Facultad, la llamada Junta de Facultad. Pero en el interior de la propia Sección se constituyó una Junta de Jefes de Departamento de la que yo asumía la coordinación y una Junta general constituida por todos los profesores del Departamento. Poco tiempo después los cuatro Departamentos estaban ya oficialmente constituidos e informalmente subdivididos en subdepartamentos en la siguiente forma:

*Psicología General*

Psicología General

Psicología Social

*Psicología Experimental*

Psicología Experimental

Estadística

*Psicología Evolutiva*

Psicología Evolutiva

Diagnóstico

Psicología Educativa

*Psicología Fisiológica*

Psicofisiología

Psicopatología

En estos años de «las torres» el alumnado creció continuamente y con ellos el profesorado. En el curso 81-82 la Sección de Psicología tenía 4.245 alumnos y 26 profesores permanentes (9 catedráticos, 4 agregados, 13 adjuntos). Especialmente notable fue el crecimiento del número de estudiantes nocturnos, estudiantes que porque tenían un trabajo regular, a veces incluso fuera de Barcelona, sólo podían asistir a clase a partir de las siete de la tarde y esperaban que la Universidad programase las clases de modo que entre las 7 y las 10 pudiesen cursar todas las asignaturas del plan de estudios. En el momento de máxima afluencia, y de máxima tolerancia pues en estas condiciones no podía mantenerse el mismo nivel de exigencia, los alumnos nocturnos representaban la tercera parte del total de la sección.

Y todo este crecimiento ocurría en un ambiente de grandes cambios políti-

cos. El general Franco había muerto en 1975. El año 1976 fue el año de la legalización de los partidos políticos y de la restauración de la Generalitat provisional. El 78 el de la Constitución y del Estatuto de Autonomía. Y en nuestro ámbito más cercano, la Universidad, estos años fueron años de agitación constante. A mediados de 1976 una huelga del personal administrativo acabó provocando la dimisión del rector Estapé, que ocupaba por segunda vez el rectorado, y con su dimisión se abrió un periodo confuso, con rectores en funciones, y en el que se produjo, incluso, la ocupación durante una temporada del despacho rectoral por un grupo anarquizante. Un periodo que terminó a finales del 1977 con la elección por un claustro en el que estaban representados todos los estamentos universitarios de un nuevo rector, el profesor Badia, que fue así el primer rector elegido por la propia Universidad y no nombrado directamente por el Ministerio. En el nuevo equipo rectoral yo ocupaba el puesto de vicerrector de Planificación. En el mismo equipo Antonio Caparrós, otro profesor de psicología, por aquel entonces PNN que es como se conocía a los profesores no numerarios, ocupaba un puesto de vicerrector Adjunto.

El cambio en los órganos de gobierno no bastó sin embargo para devolver la normalidad a la vida universitaria. El proyecto de ley que preparaba el gobierno Suárez sobre régimen universitario (Ley de Autonomía Universitaria) desencadenó un violento debate sobre la situación legal de los profesores no numerarios que entonces eran la mayoría. También los estudiantes presentaban reivindicaciones respecto a su situación en un cierto número de puntos que entonces eran muy sensibles: posibilidad de *numerus clausus*, enseñanzas nocturnas, importe de las matrículas, acceso directo sin bachillerato, número límite de convocatorias. Un informe que redacté sobre estas cuestiones y que pretendía limitarse a una exposición de hechos y de consecuencias fue interpretado como un intento de suprimir o de limitar los cursos nocturnos y desencadenó una huelga muy violenta de los estudiantes de enseñanza media de Cataluña durante bastantes meses.

Mis responsabilidades como vicerrector y sobre todo como director del Instituto de Ciencias de la Educación limitaban el tiempo que podía dedicar a la Sección de Psicología y así abandoné la tareas de gestión para limitarme a mi tarea docente en las clases de psicolingüística y de lenguaje infantil. Antonio Caparrós se hizo cargo de la dirección del Departamento de Psicología General y Jaume Arnau de la coordinación de la Sección. Lo que no abandoné fue la dirección del *Anuario* que seguía apareciendo con toda regularidad.

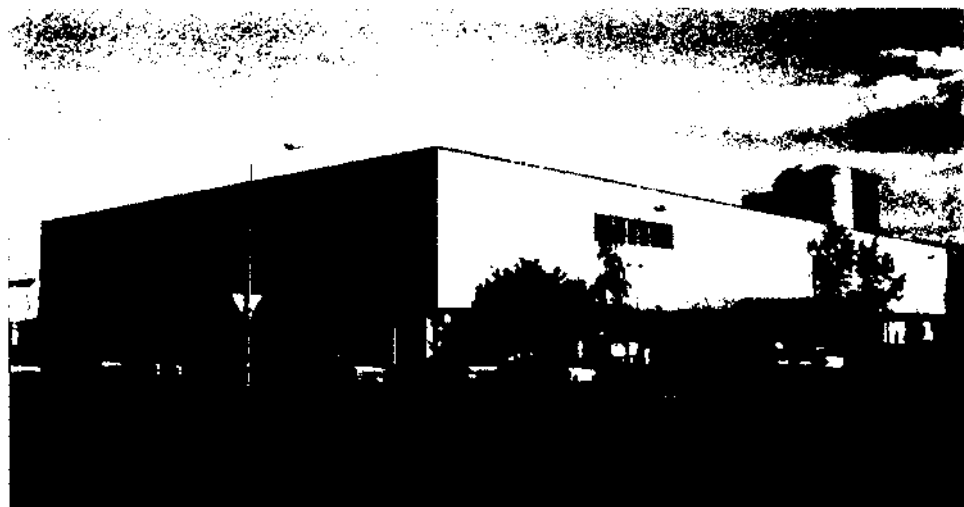
Entre 1976 y 1983 se publicaron catorce números lo que equivale a dos números por año. En este tiempo la temática y el ámbito de colaboradores fueron progresivamente aumentando. Y empezaron a publicarse números dedicados a un tema monográfico. El número 14, coordinado por Carles Ballús, resumía trabajos de investigación realizados en Laboratorio de psicofisiología. Y el número 15, del que me hice cargo, reunía estudios sobre temas de psicolingüística. A partir del número 18 en las páginas del *Anuario* aparece la composición del Comité de redacción constituido por representantes de los distintos Departamentos: Blanca Anguera, Josep M. Tous, Miquel Sánchez Turet y Cèsar Coll. Y aunque no aparezca su nombre hay que hacer constar que la responsabilidad mayor de la apari-

ción de la revista recaía sobre una secretaria que igual se encargaba de asegurar la impresión o la corrección de las pruebas de imprenta que de llevar la correspondencia con los suscriptores y asegurar el cobro de los ejemplares vendidos. Desde el primer número y hasta octubre de 1979 esta pesada tarea la asumió María Antonia Sanguinés y desde esta fecha hasta noviembre de 1981, Isabel Solé sustituida entonces por María José Quevedo.

### **La etapa de la Facultad: de 1982 a 1989**

Ya en mayo de 1979 un Decreto contemplaba la creación de Facultades de Psicología e inmediatamente la Sección de Psicología de la Facultad de Filosofía, Pedagogía y Psicología solicitó su conversión en Facultad. Sin embargo el proceso fue más lento de lo esperado, todavía en marzo de 1982 Jaume Arnau fue elegido decano interino de la nueva Facultad en constitución y hasta octubre de 1983 no se le nombró decano efectivo al constituirse oficialmente la nueva Facultad. Pero por el mismo tiempo se produjo un nuevo cambio de ubicación; en 1982 el decanato, los despachos administrativos y las aulas de enseñanza se trasladaron a un edificio prefabricado situado en el mismo campus universitario de Pedralbes y cerca de las torres. En las torres continuaron de todos modos los despachos de los Departamentos. Y poco después se inauguró en un nuevo edificio contiguo la biblioteca de la Facultad, lo que constituía también una importante novedad en agudo contraste con la penuria existente hasta entonces.

A partir de aquí ya no tiene sentido mezclar en este relato la historia de la Facultad y me limitaré a recordar que Jaume Arnau ocupó el decanato hasta 1985, que le sucedió Antonio Caparrós de 1985 a 1988 y que en diciembre de 1988 fue elegida como decana Carme Triadó.



*Edificio de la Facultad de Psicología. Pedralbes.*

Con la instalación en el nuevo edificio el *Anuario* adquirió un despacho propio en el que M<sup>a</sup>J. Quevedo, que seguía asumiendo la secretaría de la revista con funciones generales que incluían la de secretaria de redacción, la gestión de la impresión y la administración de la distribución, tanto a los suscriptores como a las librerías, pudo sentirse más cómoda.

También coincidiendo con la creación de la Facultad y con la instalación en el nuevo edificio se aprobó un reglamento del *Anuario* por el que la Facultad lo reconocía como órgano propio y preveía la manera de nombrar el Director así como la composición del Comité de redacción.

También por aquellos días se formalizó un contrato con el Servicio de Publicaciones de la Universidad por el que éste se encargaría de gestionar la producción del *Anuario* quedando bajo la responsabilidad de la Facultad la preparación del texto y también la administración económica. La idea original era que el Servicio de Publicaciones iría asumiendo progresivamente la mayoría de estas tareas materiales pero la evolución fue más bien en sentido contrario de manera que la carga de la gestión administrativa, especialmente la distribución comercial y la gestión de las suscripciones, se hizo cada vez más pesada. Para solventar de una vez estos problemas y para asegurar definitivamente la existencia del *Anuario*, en 1989 se iniciaron conversaciones para traspasar la gestión material de la revista a una editorial privada.

Durante los años 1983 a 1989, a pesar de las dificultades citadas, el *Anuario* mantuvo una gran regularidad y una marcha ascendente. También aumentó la calidad y el interés de su contenido. Probablemente influyó en este sentido la decisión tomada al comienzo de esta etapa de alternar los números de contenido misceláneo con los números monográficos dedicados a un tema determinado y de la preparación del cual se hace cargo un «editor» invitado. El primero de estos números apareció en 1984 dedicado a *Modificación y terapia de conducta* y coordinado por Carmina Saldaña. Entre 1984 y comienzos de 1989 se publicaron cinco de estos números. El 33 *En torno al pensamiento de Vygotski*, coordinado por I. Vila, el 34 *Veinticinco años de Psicología Humanista*, coordinado por M. Villegas, el 35 *Psicología experimental cognitiva*, coordinado por Jaime Arnau, el 39 *Etología y Psicología. La obra de Jordi Sabater*, coordinado por C. Riba y J. Veà. Más un número fuera de serie aparecido con motivo de mi jubilación y en el que se recogía una selección de textos míos.

### La etapa de Fontalba: a partir de 1989

En febrero de 1989, siendo decana de la Facultad Carme Triadó y rector de la Universidad Josep Maria Bricall, se firmó un contrato entre la Universidad de Barcelona y la Editorial Fontalba por el que la Universidad cede a la Editorial la propiedad del *Anuario de Psicología* y la Editorial a su vez delega en la Universidad y ésta en la Facultad de Psicología la responsabilidad por su contenido. De manera que sigue siendo la Facultad quien nombra al Director y al Consejo



Editorial y sigue siendo el Director del *Anuario* quien asume la responsabilidad por la totalidad del contenido de la revista.

Poco antes de que se firmase este compromiso la Facultad de Psicología, aprobó un nuevo reglamento en el que se especifican la forma de designación del Director del *Anuario* y la composición del Consejo Editorial y del Equipo de redacción. El Consejo Editorial constituido por personalidades del mundo de la psicología, unos estrechamente vinculados al *Anuario* por pertenecer a la Facultad y otros profesores en otras Universidades de España y de otros países, se reúne una vez al año para acordar el plan editorial para el año siguiente mientras el Equipo de redacción gestiona el contenido de los números misceláneos así como la información que figura en cada número.

El Consejo de Editorial está constituido por: Michael J. Apter (Cardiff, U.K.); Ángel Aguilar (Barcelona); M<sup>a</sup> Teresa Anguera (Barcelona); Lluís Barraquer (Barcelona); Alfred Bechini (Barcelona); Humbert Boada (Barcelona); Jean Paul Bronckart (Genève); Helio Carpintero (Madrid); Mariana Miras (Barcelona); Gabriel Mugny (Genève); José Muñoz (Oviedo); Jacques Paillard (Marseille); Jesús Palacios (Sevilla); Marc Richelle (Liège); Jordi Sabater Pi (Barcelona); Miquel Sánchez Turet (Barcelona); Julio Seoane (Valencia); José Ramón Torregrosa (Madrid).

Y el Equipo de redacción lo forman María Forn, Fernando Gabucio y Joan Maria Malapeira. Junto con María José Quevedo, que lleva ya trece años asegurando la secretaría, ellos constituyen el verdadero motor del *Anuario* y la garantía de su continuidad.

Con estas iniciativas el *Anuario* ha entrado en una fase de plena regularidad y eficacia muy lejos del carácter voluntarista y azaroso de los primeros tiempos. Su aparición, cuatro números al año, está plenamente asegurada y ha aumentado su difusión y el número de sus suscriptores. Y al mismo tiempo ha mantenido una línea ascendente en la calidad y en la variedad de su contenido. He aquí la temática de sus últimos números monográficos. El 41 *Psicología académica y psicología profesional*, coordinado por C. Coll, el 43 *Metodología de la investigación en psicología*, por J. Arnau, el 46 *El temperamento*, por J.M. Tous y A. Andrés, el 47 *Una aproximación sintáctica al análisis del discurso*, por L. Tolchinsky, el 49 *Drogodependencias*, por M. Sánchez Turet, el 51 *Historia de la Psicología*, por A. Caparrós y F. Gabucio, el 53 *Perspectivas psicosociales sobre la infancia*, por F. Casas y F. Munné, el 55 *Nuevas técnicas de análisis de datos en psicología*, por M. Freixa, el 57 *Temas de psicolingüística*, el 59 *Una aproximación semiótica al análisis del discurso*, por M. Villegas y el 61 *Investigaciones en psicología de la salud*, por R. Bayés.

De manera que puedo terminar este repaso de lo ocurrido desde el día en que iniciamos esta aventura con una nota optimista. Si no me equivoco, el *Anuario de Psicología*, después de veinticinco años de existencia, se ha situado a la cabeza de las revistas universitarias de psicología publicadas en español. Y lo ha conseguido manteniéndose estrictamente fiel a su propósito inicial hasta el punto de que los párrafos que he transcrito de su presentación hace veinticinco años pueden considerarse plenamente actuales y capaces de seguir orientando su existencia durante muchos más.

